

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat
14 de Junio de 2015
Ez 17,22-24 / 2 Cor 5,6-10 / Mc 4,26-34

Queridos hermanos y hermanas,

Después de unos meses en que el año litúrgico ha girado en torno a los misterios de Cristo, hoy nos encontramos de nuevo con un domingo digamos normal, en el que, con el trasfondo de la resurrección de Cristo propio de la celebración del día del Señor, toma relieve el texto del evangelio. Hacia este texto se encaminaba la lectura de la profecía de Ezequiel y el salmo responsorial. Por eso hemos oído hablar de términos botánicos: árboles altos y pequeños, árboles verdes y árboles secos, cedros y palmeras, semillas y granos, hierbas y espigas. "Alabado seas, mi Señor, por la hermana, nuestra madre tierra, la cual nos sostiene y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas", exclamaba San Francisco (*Cántico del sol*).

El evangelio que acabamos de escuchar no nos puede sorprender. Ya sabemos que la enseñanza de Jesús giraba en torno al que llamaba Reino de Dios, es decir, el plan de Dios, su presencia activa en el mundo; presencia que se hacía más viva a través de su propia persona, es decir, de Jesucristo mismo. En otras palabras, "el tema más profundo de la predicación de Jesús es su propio misterio, el misterio del Hijo, que es Dios entre nosotros, Dios que cumple su palabra" (J. Ratzinger - Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, I, 173).

Esta palabra la había dado a conocer al pueblo de Israel a través de las Escrituras. Por eso los primeros cristianos, guiados por el Espíritu Santo, fueron comprendiendo la enseñanza, la vida y la muerte de Jesús por medio de los textos sagrados. Y nosotros leemos también el Antiguo Testamento, y nos acogemos la sombra del árbol inmenso de la Sagrada Escritura, que nos transmite el designio de Dios de reunir toda la humanidad.

Esta realidad, este plan de Dios, se va haciendo a lo largo de la historia humana, historia escrita rectamente por Dios pero leída por nosotros en líneas torcidas, porque no la podremos captar del todo en esta vida. Con el fin de hacer entender el plan de Dios, Jesús usaba las parábolas, comparaciones extraídas de la vida corriente que, al mismo tiempo que expresan una realidad, también esconden muchos aspectos. Hasta el punto de que nos podemos preguntar: "¿Es posible que las parábolas de Jesús sirvieran para hacer inaccesible su mensaje y reservarlo sólo a un círculo pequeño de escogidos que recibían en privado la explicación? ... ¿Es Dios partidista, hasta el punto de no querer el todo, sino sólo una selección?" (cfr *ibid.*, 174). Esto es lo que nos puede sugerir el final del evangelio de hoy. Después de la parábola de la semilla que crece sola y de la del grano de mostaza, el evangelista comenta: "Y con otras muchas parábolas semejantes les estuvo exponiendo su mensaje, de acuerdo con lo que ellos podían entender. Y no les hablaba sino en parábolas; pero a sus discípulos les explicaba todo en privado".

Aquí tenemos la clave para comprender no sólo el mensaje de Jesús sino su aplicación a nuestra vida: las disposiciones de cada uno hacen que Jesús sea aceptado o rechazado. Esto lo encontramos en la vida de Jesús, cuando después de la multiplicación de los panes un buen grupo de gente lo deja. Y lo encontramos en la primera generación cristiana cuando el rechazo de los judíos abrió la puerta del Evangelio a los paganos.

Las parábolas de Jesús más que ser enigmáticas y provocativas, piden un posicionamiento. Al anhelo humano del conocimiento del bien y del mal, que ya encontramos expresado al inicio de la Biblia en la narración del Paraíso terrenal, se añade el misterio de la presencia de Jesús en la historia, misterio atravesado por el hecho de la cruz. Topamos, pues, siempre con esa realidad que es escándalo para unos y salvación para otros. Él definía la pasión y la resurrección afirmando que "si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere queda solo, pero si muere da mucho fruto". Hoy nos decía que la más pequeña de las semillas termina más grande que todas las hortalizas, y así ratificaba la palabra divina citada por Ezequiel: "Yo haré crecer el árbol pequeño".

El valor que las cosas pequeñas tienen en el Reino de Dios es un reclamo a cultivar la interioridad. No todo lo que brilla es oro, ni la autenticidad se mide por el ruido. Para ir a fondo, hay que confiar en la palabra de Dios y recordar que las grandes maravillas de la historia de la salvación se realizan con medios pobres y humildes. ¿No puede ser también un signo esta, nuestra asamblea dominical, que no busca ni tiene que buscar otra cosa que dejarse iluminar con el misterio de Cristo? Aquel "Cristo que -como canta el Anuncio de la Pascua- volviendo de entre los muertos, se apareció glorioso a los hombres como el sol en día sereno" (Exultet).

"Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas, especialmente en el Señor hermano sol, por quien nos das el día y nos iluminas. Y es bello y radiante con gran esplendor, que de ti, Altísimo, nos es un signo claro "(San Francisco, *ibid.*). ¡Buen verano, hermanos!